

Eugenio Mimica. UN ADIÓS AL DESCONTENTO. Santiago: Ediciones Universidad de Magallanes, 2021: 128 pp.

El origen de las obras literarias suele hallarse en algún motivo que reviste especial interés para el escritor, quien se esmera en destacarlo como centro de su atención creativa.

De Eugenio Mimica (Punta Arenas, 1949-Santiago, 2021), hemos leído una segunda edición de la novela, cuyo título preside estas líneas. Hace treinta años fue publicada, pero ahora alcanza mayor vigencia y sentido. Podrían representar el motivo original de esta obra la revaloración y conciencia de lo regional, junto a los desasosiegos traídos por el estado planetario; o, de una vez, porque en algunos seres humanos se activa un propósito fundacional, cuyos alcances muestran ribetes de interés y de significación, de los que es menester dejar constancia.

Un grupo de entusiastas, ingenuos y estrafalarios personajes habitan el territorio de Meridionía –hasta ahora supeditado a la legislación de Administrativa, país que no los representa y los mantiene preteridos–, quienes desean segregarse del inerte centralismo y proclamar la emancipación regionalista.

Emilio Trinalba y su mujer, Francisca Lunares, junto a Luciano Calhuante, apodado “Brujo”; Carlomoncho Pancaldo, iriólogo naturista, más conocido como “Diosito”; Marko Grande, Guido Moscoso, el eterno decepcionado de sus ilusiones amorosas, conforman un elenco gobernado por el fervor fantasioso, el sueño fundacional, las actividades propiciatorias de sus empeños y proclamas, la preparación de sus emblemas y el diseño urbano de Césares, futura capital de Meridionía.

En todo momento, la novela está impulsada por el espíritu adánico de los personajes: Fundación, inicio, proyecto de una nueva sociedad. No menos intensa la memoria ancestral que lleva a sus protagonistas a recordar el trabajo titánico de los primeros colonos australes, aquellos que, alucinados e insomnes, *in illo tempore*, concibieron la transformación de una tierra dificultosa en territorio de promisión para las generaciones por venir.

René, narrador central, es quien articula las informaciones de los sucesos de emprendimiento utopista. Las recobra y entrega con solemnidad de confidencia y perplejidad de quien se siente aludido en algún repliegue de sí. La prolija memoria aúna los retratos de los caracteres y aumenta el caudal de la historia narrada a base de observaciones, en cuya abundancia podría extraviarse el enfoque central de la historia;

pero la voz del testigo sortea con hábil amenidad dicho escollo, en tanto resalta la reverberación anímica de los entusiastas protagonistas.

Fue efectivamente al comenzar el periodo de los cactus enanos cuando Emilio Trinalba tuvo ese disgusto de corte naval. No debes olvidarlo, así comenzó todo, con esa anécdota de infante que marcó las diferencias, que las enfrentó en medio del desconcierto, me dijo cuando decidió hacerme partícipe de sus inquietudes, y me blandió un dedo apuntador que recuerdo perfecto oscilando delante de mis ojos. Más que disgusto fue rabia (27).

La obra superpone situaciones y testimonios de diversa procedencia oral, no menos que de la compulsión de documentos circunstanciales. Todo es útil al evocar una epopeya trunca, un plan liberacionista que no supo ni pudo entusiasmar a otros, con tal de recibir su consentimiento y apoyo.

Referida como material deslizante, la historia novelesca va y viene por los entresijos memoriosos de los protagonistas y el óxido de incertezas que rodea los hechos y el espíritu evocado de tan disparatada como grande empresa. La brevedad de los capítulos se extiende, en texto seguido, como un ensamble de planos remachados de observaciones curiosas y de conductas inusitadas. Más que documento, este libro ofrece, creativamente, una incisión en el espíritu latiente, dispuesto a concebir el vuelco de una aventura desajustada.

Aquel bulbo de castaña sembrado por Emilio nunca llegó a germinar. Tiempo después entendió que no fue por haberlo hecho en una estación inadecuada o dentro de un ambiente desfavorable, a causa de una tierra que tal vez había empobrecido el porfiado y enclenque fictus de la India o por ese aire enrarecido que atosigaba al departamento durante las noches y que su imposibilidad de germinar resultaría la marca indeleble de un fracaso inminente, acercándose sigiloso, arrastrado, sin dar señal alguna de su cercanía... (107).

Más imaginativa que sus obras anteriores: *Comarca fueguina*; *Los cuatro dueños*; *Tres de la tribu, cuentos*; y la novela *Tierra del Fuego, en días de viento ausente*, la presente ficción es una derrota, aunque fecunda de semillas considerables. La curiosidad, el placer del lenguaje y la conmiseración, sin faltar el buen humor, quedan satisfechos y agradecidos.

Tal vez, Eugenio Mimica hubiese llevado a cabo una saga a partir de cada uno de los caracteres congregados en *Un adiós al descontento*, y esa conjetura podría haber sido un acto creativo en honor de la siempre flameante magallanidad, ese *finis terrae* donde comienza el mundo.

Jamás proclama ni lema antojadizo, el libro de Mimica acerca los ecos insurrectos y soñadores de un grupo azaroso que, sin saberlo, anticipa a otros, de hoy, porque

las postergaciones y dormideras procrean espíritus contrapuestos –en este caso– a la inercia de Administrativa. Nada más próximo a la imaginación que la realidad despampanante con que la jornada, tenida por previsible, pacta con el monólogo, el ímpetu, la ritualidad, cuando prorrumpe el anhelo de alcanzar un mundo unificado de cielo y tierra, de pretérito y porvenir, como en esta novela que uno puede leer y releer con gusto de pormenor e interés por lo insólito.

Juan Antonio Massone  
Academia Chilena de la Lengua